

Un día de esos

Desde la primera vez que escuché de Wakra, siempre he sentido una atracción hacia ese lugar en la selva. Esto se incrementó más desde que las cosas empezaron a subir semanalmente. Con el poco dinero que logro juntar cada semana compro menos comida. Y cada vez junto menos dinero. Simplemente no hay trabajo. Pero hay un lado bueno, todos somos millonarios. Un billete con cinco ceros para comprar un kilo de arroz. ¡Dónde se ha visto eso! La entropía funciona muy bien en este país. Por ejemplo yo, de universitario- albañil, albañil, ayudante de albañil (tuve que vender mis herramientas), peón de chacra y ahora mendigo de trabajo.

Hoy me pagaron, pero en crudo mamá. Me dieron un saco de zanahorias. Dice doña Juana que no tiene dinero hasta que venda su cosecha y que mejor me paga en zanahorias. Digo al fin, después de hacer bucear mi cuchara tratando de capturar los elusivos pedacitos de verduras y arroz de la sopa. Venderé la zanahoria en el mercado. Hasta puedo vender otras cosas también. Trata de alentarme mamá. Yo no quiero que mamá trabaje. Ella no se merece esta vida. Ya sufrió demasiado con ese pegamujer, excusa de esposo y padre. Desde que lo botamos yo sustento a mamá y a mis dos hermanitas. Pero con los millones que gano no puedo. Hay que salir.

En Wakra está la vida, dicen. Podemos hacer nuestra chacrita de coca para recibir billetes verdes, con menos ceros. Dije, tratando de animarla. Pero ella como que siente un escalofrío cuando hablo de Wakra. Por eso refutó. Pero hijo ahí también está la muerte, dicen. Tu tío me dice que es muy peligroso porque los Otros controlan todo. De lo que tenemos que tener miedo es de los morocos, no de los Otros. La contradije. Cállate. No hables así hijo. Te pueden oír. Ahora hasta las paredes hablan. Se estremeció ella.

Bajé la voz y con un susurro le dije, pero dicen que esos Otros te apoyan para hacer tu chacrita. Pero a cambio de qué será hijo. Me dijo, al lazar una mirada que decía, no quiero escuchar más de esto.

La hubiera escuchado.

Mamá siempre tiene razón. Ya no se podía confiar ni en nuestra almohada. Pero esto es frustrante. No sé hasta cuando podremos engañar al estómago. Ahora, otra vez a mendigar trabajo. Una opción es la Capital. Todos van a la Capital. Todos se van ahí y padecen juntos. Pero en Wakra no...ahí quizá las cosas talvez sean mejores. Así pensaba yo mientras caminaba por las calles desérticas excepto por algunos perros vagabundos. El sol se sumergía detrás de esa montaña que es testigo de nuestro sufrimiento.

Aunque a mamá no le gusta la idea de ir a Wakra, decidí darle una visita a mi tío y

preguntarle cómo en realidad era la situación allí. Tío Manuel vivía cerca de la placita. Ya estaba oscureciendo, casi no se podía ver. Dos perros vienen y se pasan corriendo, como asustados. Y estos, ¿vieron al diablo? Pensé en tono de burla. Espero que esté en c... ¡Baaam! A lo lejos. En la ciudad. Las luces parpadean un par de veces. Apagón. Luego siguen tres explosiones más.

Es un día de esos.

Decidí volver a casa. Puedo hablar con tío Manuel mañana. Pensé. Doy vuelta. Camino unos pasos. Entonces, de detrás de un pilón de adobe sale una sombra. Una voz de mujer... No puede irse. Estamos haciendo un trabajo. ¡Tírese al suelo! ¡Las manos a la nuca! ordenó. Yo, como si hubiera entrenado toda mi vida para este momento, estaba con mi nariz hundida en la tierra instantáneamente. Eran los Otros. A estos hay que obedecerlos sin queja. No se mueva. Dijo la punta de un cañón de metrallera. Innesaria orden. Cerré los ojos. Como no sentí ninguna bala penetrar mi cráneo, pensé que yo no era el “trabajo” que estaban haciendo.

Concentro todos mis sentidos en mis oídos. Primero no escucho nada. Pero lentamente los rumores se aclaran. Entonces oigo algo. Una puerta cede a una patada. Ladridos. Gritos. Forcejeo. ¡No lo maten por favorcito! ¡Es mi único hijo! suplica una voz de mujer. ¡Qué carajos quieren conmigo terrucos conchasuma...! desafía otra voz. Ruido seco. ¡Nooo! chilla la misma voz de mujer. ¡Llévensela adentro y amárrenla! truena otra voz. Gritos que se ahogan... ¡Llévenlo afuera!... Arrastran a alguien. Pasan como cinco interminables segundos. Luego, ruidos secos, crujientes. Ya está. ¡Vámonos! ordena la voz de trueno.

No se levante. Ya sabe. Ver, oír y callar si de la vida quieres gozar. Dijo la voz de la metrallera. Pasos que se alejan... Perros que ladran a lo lejos... Silencio...Silencio... Luego se oyen ventanas, puertas que se abren...Murmullos...¡Mataron a Paco! chilla una voz.

Con las rodillas flaqueando, limpiándome la tierra de mi rostro, me acerco donde está amontonada la gente. En efecto, el más temido ladrón de Kasnoq, yacía en el suelo con la cabeza hundida como una sandía estrellada contra la esquina de una vereda. En un pedazo de cartón, con letras rojas y gruesas estaba escrito, “Así mueren los ladrones”... Ya no se puede ni robar ahora. Comenta una voz. Vámonos, ahora pueden venir Ellos. Agrega otra voz. Volteo hacia la plaza. En el mástil donde cada domingo Ellos izan la bandera bicolor, ahora un “trapo” unicolor flamea con el viento.

Definitivamente es un día de esos.

Vinieron cuatro días después de la noche de Paco, a las dos de la mañana. De una patada derribaron la puerta. Mis hermanitas chillaron. Mamá suplicó de rodillas. Pero igual Ellos me llevaron. No te preocupes mamá. Esto es una equivocación. Traté de calmarla. Las dejé. Mamá tenía los ojos húmedos. Mis dos hermanitas lloraban escondiéndose detrás de mamá. Esa imagen no se borra de mi mente. ¡Pida ayuda al tío Manuel! Logré gritar antes de que me

maniataran, me vendaran y me subieran a la camioneta verde doble cabina. Eran siete. Todos de verde y con pasamontañas y metralletas. Cinco en la cabina y dos conmigo atrás. Arrancó la camioneta.

José Ninawanka

Crítica

Es indudable que para cierta producción literaria el papel del entorno social se constituye en un factor de importancia singular. Esto tiene que ver no solamente con un deseo o necesidad de reflejar la sociedad como se ve y como se vive desde la subjetividad del que produce literatura, sino también con un objetivo, tal vez no deliberadamente intencional, de ejercer cierta influencia sobre aquella realidad de la que se escribe. Y este “querer influir” implica precisamente una perspectiva de inquietud que viene del descontento o la preocupación. De ahí que por la situación social que crea el descontento o incita la preocupación, se inscriban en esta tendencia muchas narrativas recientes de América Latina.

En el proceso de exponer en carne viva una situación social alarmante o insoportablemente terrible se acude muchas veces a la descripción de la violencia extrema. Luego, para intensificar el efecto chocante que esa violencia cruda va a ejercer sobre el lector, se adopta el tono desenfadado y trivial, refiriendo con absoluta insensibilidad lo que podría ser un evento totalmente traumatizante. Así pues, a fuerza de tener que convivir a diario con la miseria y el horror, se acepta con resignación lo cotidiano. Eventualmente, esto hace que una pesadilla inimaginable sea referida simplemente como “un día de esos”, uno como muchos más.

Sohyun Lee